

Alberto Acereda. *Hispania* 79 (1996): 439-440

Aggor, F. Komla. *Eros en la poesía de Miguel Hernández*. York, South Carolina: Spanish Literature Publications Company, 1994. ISBN: 0-938972-24-3. 142 pp.

Tras la enorme bibliografía en torno a Miguel Hernández con motivo del cincuentenario de su muerte, aparece ahora publicada la tesis doctoral de F Komla Aggor cuyo objetivo es "analizar el tema de Eros como la fuerza elemental y vital que conduce la poesía de Hernández hacia la trascendencia y la superación artística" (5). Para ello, Aggor estudia la lírica hernandiana apoyándose en algunos de sus obras teatrales así como de forma prudente en la teoría psicoanalítica de Freud para esbozar un itinerario en cinco capítulos del tema amoroso en Hernández. En el primero se subraya la intensa represión sexual del poeta entre su Orihuela natal y la disciplina moralizadora de su novia Josefina Manresa, con quien Miguel Hernández no llegará nunca (ni en el matrimonio) a encontrar su plena expresión sexual. Este conflicto marcará toda la poesía de Hernández, y así, en el capítulo segundo, Aggor analiza la fase inicial de la poesía hernandiana (1930-34), sobre todo en *Perito en lunas*, de enorme libertad, y la inclusión de varios símbolos eróticos corporales derivados de la naturaleza (higos, serpientes, luna, limones). En el tercer capítulo, centrado en la poesía religiosa de 1933-34 se presenta un cambio radical en la visión amorosa de Hernández, según Aggor un "barroquismo de Dios." Por influencia de la ideología neocatólica de Ramón Sije se percibe en Hernández un debate entre la sexualidad y la espiritualidad derivada en una enorme contradicción y que se resuelve en una firme resistencia del poeta a la ortodoxia religiosa. El cuarto capítulo, centrado en los años de 1934-36, muestra a un Hernández que reestablece su canto amoroso aunque moderando el excesivo erotismo y la obsesión sexual de la etapa inicial. Aggor señala la peculiar filiación romántica (becqueriana) y renacentista (garcilasiana) de la poesía amorosa de Hernández y su personal enfoque en lo corporal que acabará haciéndose trascendente en *El rayo que no cesa*. En el capítulo final, centrado en la poesía posterior a 1936, sobre todo en *Cancionero y romancero de ausencias*, Aggor subraya los aspectos metafísicos y extraeróticos de la poesía hernandiana, su papel trascendente ejemplificado en el tema del hijo y en la afirmación de la solidaridad humana a través del amor como fórmula neoplatónica. El libro se cierra con unas conclusiones finales, varias notas a los capítulos y una bibliografía final.

El estudio de Aggor constituye, sin duda, un honesto y valiente intento de análisis del amor en Miguel Hernández en el que su autor sigue un método ordenado y de cautivadora lectura. Junto a todo ello, el interés del trabajo aumenta al contener algunos puntos que abren la puerta al debate. La denominación de la poesía hernandiana como trascendente, por ejemplo, es aceptable según la definición de Aggor como "aspiración edificada a un afán por alcanzar niveles de mayor perfección en la que resalte la pura autenticidad, el yo verdadero" (129), pero nunca cabe hallar en la lírica hernandiana (aunque más de uno lo haya escrito) una verdadera dimensión existencial, como se apunta en el capítulo cuarto, en relación con una "angustia existencial" (77) del poeta. Tampoco hay en Miguel Hernández una trascendencia existencial plena tal como se percibe en la poesía de Unamuno, en Juan Ramón, en Salinas, o en algunos poetas españoles de posguerra (Ramón de Garciasol, García Nieto, Manuel Mantero o Ángel Crespo). De igual forma, y a pesar de la importante huella sanjuanista es discutible la calificación de Aggor de "misticismo en la poesía de Miguel Hernández" (59), así como algunos de las relaciones literarias que se establecen en este libro. Así, la importancia concedida a Quevedo habría que respaldarla más, o, al menos, de remitirse a los estudios de José María Balcells sobre el particular, hacerlo con referencias bibliográficas más recientes del propio Balcells (1983, 1990) sobre el mismo tema. Se echa también de menos un mayor énfasis en la poesía de Pedro Salinas o una mayor atención a Rubén Darío, cuya poesía había leído Hernández ya en 1932 y en cuyo debate entre el dualismo espiritualidad y sexualidad debió influir al menos parcialmente, así como en otros muchos aspectos formales y temáticos (desde la simbología de las estaciones del año a la metáfora vegetal de la fresa como boca). En algunos símbolos eróticos concretos, como la glorificación del cuerpo femenino bajo la luna, cabría recordar la poesía de José Somoza, al que pudo leer Hernández en la biblioteca de Rivadeneira, al igual que a Zorrilla respecto al motivo de la orgía. Todo esto, así como la lectura personal que de algunos poemas concretos hace Aggor, no disminuye en nada el valor del estudio, sino que, muy al contrario, lo engrandece al posibilitar el diálogo crítico. En definitiva, Aggor logra llevar a cabo una paciente e iluminadora investigación sobre un tema que, aunque ya tratado parcialmente, aguardaba esta nueva revisión.

Alberto Acera
Radford University